

CAPÍTULO 1

La punzada

04:17 de la madrugada. El chasquido metálico de la puerta del Crown Victoria amarillo fue el punto final de otra noche de caza en el asfalto, un sonido tan familiar para Tom Parker como el latido de su propio corazón. Se acomodó en el asiento del conductor, el cuero agrietado un viejo amigo bajo él. A través del parabrisas, Brooklyn era una bestia adormecida que aún goteaba la lluvia reciente. Las farolas derramaban su luz anaranjada sobre las persianas metálicas de los escaparates y el aire olía a ozono, a cemento mojado y a la promesa lejana de la basura del amanecer. El perfume de sus madrugadas.

Un suspiro, mezcla de cansancio y la callada satisfacción del deber casi cumplido, se le escapó mientras giraba la llave. El motor V8 tosió, protestó con un chirrido que a cualquier otro le habría helado la sangre, pero que para Tom era la señal de que su viejo caballo de batalla aún tenía aliento para una última carrera. Se puso en marcha, el taxi deslizándose sobre el pavimento con la suavidad de un felino, sus neumáticos silbando sobre el asfalto mojado.

En el asiento del copiloto, Min-ji, su hija, la estrella inesperada que iluminaba su mundo —una niña encontrada, un misterio que había abrazado como propio—, acomodó la pesada mochila escolar entre sus delgadas piernas. Los libros de texto eran un bulto sólido contra sus rodillas, un recordatorio constante del futuro que Tom tanto ansiaba para ella, un futuro que él mismo apenas podía imaginar desde las calles de Puerto Príncipe que había dejado atrás hacía una eternidad. No era habitual que estuviera allí a esas horas, bajo el manto oscuro de la madrugada. Pero la ansiedad previa a su examen final de Biología se había convertido en un ladrón de sueños. Tras horas de dar vueltas en la cama, con la mente repasando una y otra vez ciclos de Krebs y cadenas de ADN, había recibido un mensaje de su padre: "Baja. Te recojo en la esquina. Despejamos la cabeza antes de que salga el sol".

Tom sabía que no podía dejar que su hija despertara a Amy, cuyo sueño era un tesoro sagrado antes de un largo turno en el hospital. Así que había ideado ese pequeño plan: una vuelta tranquila por una ciudad dormida, el último tramo de su jornada, para calmar los nervios de su pequeña estudiosa antes de volver juntos a casa. Esta carrera final, un ritual improvisado nacido de la necesidad y el cariño, se sentía como un secreto compartido entre ellos. Un espacio suspendido en el tiempo, solo para ellos dos, antes de que el mundo real, con sus obligaciones y sus rígidos horarios, los reclamara.

La radio del salpicadero, un modelo antiguo con botones que se atascaban, emitía una melodía de salsa tan baja que apenas se distinguía sobre el ronroneo constante y gutural del motor. Era una concesión de Min-ji; ella prefería el silencio o, como mucho, los ritmos intrincados del *K-Pop* que a Tom le sonaban a ruido de marcianos, aunque secretamente admiraba la pasión que su hija ponía en defenderlos. Pero la salsa era el alma de Tom, un pedazo de su tierra que llevaba consigo como un amuleto. Él tarareó la melodía nostálgica de la trompeta de «Periódico de ayer», sus

dedos tamborileando sobre el volante de plástico desgastado. Un gesto tan suyo, tan intrínsecamente Tom, que a Min-ji se le escapó una diminuta sonrisa, apenas una curva en sus labios. No participó en la melodía, su mente ya estaba a kilómetros de allí, enredada en las complejas cadenas de ADN y las mitocondrias del examen de Biología que le esperaba en unas pocas horas. El futuro. Siempre el futuro, exigiéndole, presionándola.

Tom la captó por el espejo retrovisor, sus ojos oscuros, habitualmente cargados de una melancolía dulce, ahora brillando con una chispa de picardía. Una ceja poblada se alzó.

—Al final te gustará la salsa, Min. Es el ritmo de la vida misma, ¿sabes? Caliente y con sabor. Como un buen plato de griot.

Ella bufó suavemente, una concesión a su humor, una forma de juego que ambos disfrutaban.

—Cuando aprendas coreano y podamos debatir sobre las letras de BTS, entonces, y solo entonces, hablaremos de tus gustos musicales, appa. —El tono era una mezcla perfecta de la broma adolescente y un cariño profundo, inquebrantable, que anidaba en el centro mismo de su ser. Él era su roca, su faro en la niebla de una existencia que a menudo se sentía prestada.

Al llegar a Atlantic Avenue, una sirena ululante desgarró el silencio. Luces rojas y blancas barrieron el interior del taxi, pintando sus rostros con destellos fantasmales. Una ambulancia, urgente y desesperada, se abrió paso a través del semáforo en rojo. Tom, con la pericia de años sorteando el caótico tráfico neoyorquino, ladeó el Crown Victoria con un movimiento fluido, cediendo el paso. El reflejo carmesí barnizó el parabrisas por un instante fugaz, tiñendo el mundo de un rojo sangre.

Y entonces, ocurrió. Sin previo aviso, sin razón aparente.

Una punzada. Aguda, inesperada, como si un alambre al rojo vivo le hubiera atravesado el pecho, justo debajo del esternón. Min-ji se llevó una mano instintivamente al lugar, sus dedos apretando la tela de su sudadera.

Su corazón no solo se aceleró; pareció dar un vuelco, un tropiezo doloroso antes de reanudar un ritmo frenético, martilleando contra sus costillas como un pájaro atrapado. No era miedo. El miedo ya lo conocía, era ese sentimiento que te encogía el estómago y te helaba la sangre. Esto era diferente. Era caliente, vibrante, una descarga eléctrica que le recorría las venas. Como si alguien, o algo, hubiera encendido un motor secreto y olvidado en lo más profundo de su ser, un motor que ahora rugía con una potencia desconocida y aterradora.

¿Qué demonios ha sido eso? La pregunta resonó en su mente, ahogando cualquier otro pensamiento.

El aire se le quedó atrapado en los pulmones. Forzó una respiración, luego otra, el aliento tembloroso. La sensación persistía, un eco vibrante bajo su piel, una conciencia súbita de cada célula de su cuerpo. Miró a Tom, pero él estaba concentrado en la ambulancia que se alejaba, su rostro una máscara de profesionalidad curtida. No había notado nada. Por supuesto que no. ¿Cómo iba a hacerlo? Estas... cosas... solo le pasaban a ella. Esas pequeñas rarezas, esas sensaciones inexplicables que la hacían sentirse como un error en el sistema, una pieza que no encajaba.

Desvió la mirada, buscando desesperadamente algo normal, algo sólido en qué sujetarse. Sus ojos se posaron en la fachada familiar de la panadería “Molino Rojo”. A través de los cristales empañados, vio el brillo cálido de las luces interiores. Eran las cuatro y media; los panaderos ya estaban en plena faena, sus siluetas moviéndose tras el vapor. Y entonces, el olor. Oh, el olor. Se deslizó por la ventanilla entreabierta, una oleada dulce y reconfortante de levadura, harina tostada y azúcar caramelizándose. Pan. La promesa del día. Un aroma tan terrenal, tan simple, que por un momento logró calmar el torbellino en su interior.

Tom aspiró profundamente, sus fosas nasales dilatándose. Una sonrisa amplia, genuina, se extendió por su rostro curtido por el sol y el viento,

borrando por un instante las líneas de preocupación que se habían grabado alrededor de sus ojos.

—Ese olor... —Su voz era un murmullo ronco, cargado de una emoción que Min-ji rara vez escuchaba—. Me recuerda a Puerto Príncipe. Al mercado al amanecer. Harina, levadura... y promesas. Promesas de un nuevo día, de algo mejor.

Min-ji sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal, a pesar del calor residual de la punzada. Harina, levadura y promesas. La frase se le quedó grabada en la mente, con la nitidez de un cristal recién cortado. No sabía por qué, pero tuvo la certeza helada de que aquellas palabras la perseguirían, de que volvería a ellas en un futuro no muy lejano, cuando el significado se revelara con una crudeza brutal. Guardó la frase en el cofre de sus recuerdos más extraños, junto con la sensación del motor interno encendiéndose.

Cuando finalmente llegaron al depósito de la cooperativa de taxis, un vasto solar cercado donde docenas de vehículos amarillos descansaban como escarabajos cansados, Tom maniobró el Crown Victoria hasta su lugar habitual. Al apagar el motor, este soltó un último chirrido metálico, un quejido largo y lastimero.

Tom le dio una palmada cariñosa al salpicadero. —Es el caballo relinchando, Min. Dice que está contento de haber terminado el turno. Y eso significa otro día de vida para esta vieja gloria. Y para nosotros.

Min-ji sonrió, la familiaridad de las palabras de su padre era un bálsamo para el latido aún errático de su corazón. Ambos salieron del vehículo, el aire frío de la madrugada olía a aceite de motor y a neumáticos. Tom cerró la puerta del taxi con llave y se colgó una pequeña bolsa de lona al hombro.

—Venga, vamos a casa, que tu madre seguro que está preocupada y a ti te espera un examen —dijo, pasando un brazo protector por los hombros de Min-ji.

Emprendieron juntos el camino a casa. Diez minutos a pie a través de calles que empezaban a mostrar los primeros signos de vida: el ruido de un camión de reparto a lo lejos, la luz solitaria en la ventana de algún ma-drugador. El cielo comenzaba a clarear en el este, un azul pálido y lechoso tiñendo los bordes de las nubes. La presencia de su padre a su lado era un consuelo sólido, aunque la extraña punzada en su pecho seguía siendo un cosquilleo, una corriente subterránea bajo la superficie de sus pensamientos, un recordatorio de que no era como los demás. ¿Qué me está pasando?, se preguntó una vez más, sin respuesta.

Su edificio de ladrillo rojo, con sus escaleras de incendios herrumbrosas, apareció al doblar la esquina. Subieron los tres tramos de escaleras de madera crujiente, Tom conteniendo la respiración con la misma complicidad que ella al pasar por la puerta del apartamento de la señora Rodríguez y sus chihuahuas ladrones.

Al girar la llave en la cerradura, lo hicieron con la lentitud de ladrones de joyas. El clic del pestillo fue un sonido seco y solitario en el silencio del apartamento. Pero al empujar la puerta, una fina línea de luz cálida se apareció desde la cocina, y con ella, el aroma suave y reconfortante del té verde. Amy estaba despierta.

Su madre estaba sentada a la pequeña mesa de la cocina, con una taza humeante entre las manos y una sonrisa cansada pero genuina en el rostro. Verla así, esperándolos, desató un nudo de tensión en el pecho de Min-ji.

Su mirada se detuvo en Min-ji un segundo más de lo normal, buscando algo que no sabía nombrar. La amaba con una ferocidad que a veces la asustaba, pero no era ciega. Últimamente, había notado pequeños cambios en ella. Una nueva quietud, una mirada que a veces parecía perdida en un lugar muy lejano, una resistencia al frío del invierno que no era del todo normal. Eran pequeñeces, pequeñeces que su mente racional achacaba a los vaivenes de la adolescencia. Pero su instinto de madre, esa voz silenciosa y primigenia, le susurraba que eran algo más. Como si su pequeña

estrella estuviera empezando a arder con una luz diferente, una que ella no sabía cómo proteger. Sacudió el pensamiento, forzando la sonrisa con la que saludó a su marido. —¿Todo bien en las calles esta noche, Tom?

—Tranquilas como una tumba, mi amor. Salvo por un turista que quería que lo llevara a la Estatua de la Libertad por el puente de Brooklyn —respondió Tom, dejando las llaves en el cuenco junto a la puerta. Se inclinó para darle a Amy un beso en la frente—. Le expliqué que necesitaríamos un taxi anfibio, y creo que aún está intentando entenderlo.

Amy rio suavemente, el sonido llenando la pequeña cocina con una calidez que ninguna estufa podría igualar. Había recalentado un poco de griot, el estofado de cerdo haitiano que Tom había preparado el fin de semana, y su aroma especiado se mezclaba ahora con el del té. Se sentaron los tres, apretados alrededor de la mesa, bajo la luz amarillenta de la única bombilla. Era un ritual no escrito, estas cenas tardías después de un turno de noche, eran momentos robados al sueño que se sentían como un tesoro.

—Tuve un día interesante —comentó Amy, removiendo su té—. Una señora mayor, la Sra. Gable, llevaba días sin querer hablar con nadie, enfadada con el mundo. Hoy, le he puesto una vieja canción de Frank Sinatra en mi teléfono, y se ha puesto a llorar. Pero eran lágrimas de las buenas. Me ha contado historias de su marido durante una hora. A veces, las cosas que parecen más rotas solo necesitan la melodía adecuada para empezar a sanar.

Tom asintió, masticando pensativamente. —El mundo está lleno de melodías rotas, *chérie*. Nosotros solo intentamos arreglar las que podemos.

Min-ji escuchaba, comiendo en silencio. Se sentía en perfecta y dulce armonía oyendo sus voces, por la normalidad casi sagrada de aquel momento. Eran su centro de gravedad.

—¿Y tú, Min? ¿Alguna melodía rota en el instituto Edison? —preguntó Tom, guiñándole un ojo.

Ella se encogió de hombros, pinchando un trozo de carne con el tenedor. —Solo la de siempre. El señor Henderson dice que mis análisis en clase de Historia son "demasiado concisos". Creo que lo que quiere decir es que no uso suficientes palabras rimbombantes para decir cosas sencillas.

—Eso es porque eres lista, mi niña —intervino Amy, con orgullo en la voz—. Vas al grano. Como tu madre. —Le acarició la mano—. Pero no te olvides de estudiar para Biología, ¿eh? Aunque tampoco te mates. El sueño es tan importante como las mitocondrias.

Terminaron la cena en una cómoda familiaridad. Tom recogió los platos, Amy preparó el café para su propio turno que empezaría en unas horas. Min-ji sintió el peso del día, del cansancio y de esa extraña punzada en el pecho que aún vibraba débilmente. Se levantó y abrazó a su madre por la espalda, aspirando su olor a jabón neutro y a almidón de hospital. Luego fue hacia su padre y lo abrazó con fuerza. Él olía a la calle, a café y a ese indefinible aroma a Tom que era, para ella, el olor del hogar.

—Os quiero —murmuró contra su hombro.

—Y nosotros a ti, nuestra pequeña estrella —respondió Tom, su voz un murmullo ronco y lleno de un amor que lo abarcaba todo.

Fue con esa sensación de calidez, con la melodía de su familia aún resonando en sus oídos, que finalmente se retiró a su habitación.

Al entrar en su pequeña habitación, el santuario donde el caos del mundo exterior rara vez penetraba, dejó caer la mochila con un golpe sordo sobre la silla de su escritorio. El aire aquí olía a ella: a libros viejos, al champú de coco que usaba, y a un leve rastro del incienso de sándalo que a veces quemaba para concentrarse. Lo primero que hizo fue tomar su diario, un cuaderno de tapas duras de color azul noche, casi negro. Con su bolígrafo favorito, uno de tinta de gel que se deslizaba suavemente sobre el papel, anotó la fecha y la hora exacta: 04:53. Luego, con una precisión casi clínica, describió la punzada en el pecho, la forma en que había hecho tropezar a su corazón, la extraña energía que la había recorrido. Anotó

también el olor a pan del Molino Rojo y las palabras de Tom: Harina, levadura y promesas.

Cada detalle, por nimio que pareciera, lo consignaba. Era su forma de intentar dar sentido a las extrañezas que la salpicaban, de buscar un patrón en el aparente caos de estas sensaciones que la hacían sentir como una extraña en su propia piel. Quizás si lo escribía todo, algún día encontraría una explicación, o al menos, dejaría de sentirse tan sola con ello.

Se tumbó en la cama con la ropa puesta, demasiado cansada para cambiarse, demasiado inquieta para encontrar el sueño fácilmente. El edredón olía a limpio, a suavizante de lavanda, el aroma de la normalidad que Amy se esforzaba tanto en mantener. Min-ji cerró los ojos, sintiendo el peso del día que aún no había comenzado oficialmente. Creía, con la ingenua certeza de la juventud que aún no ha sido verdaderamente probada, que la jornada sería tan normal como cualquier otra. Un examen de Biología, quizás una discusión menor con su mejor amiga sobre alguna tontería, la cena con sus padres. Lo de siempre.

No podía imaginar, ni en sus sueños más febriles, que aquel latido acelerado, aquella punzada vibrante que aún resonaba débilmente en su interior, no era una anomalía pasajera, era el prólogo, el primer aliento entrecortado de una vida que estaba a punto de desgarrarse, de revelarse en toda su aterradora y extraordinaria verdad. El mundo que conocía era solo una fina cáscara sobre algo mucho más antiguo, mucho más vasto y, muy pronto, mucho más peligroso.

Y ella estaba justo en el epicentro del temblor que anunciaba la fractura. Su normalidad era una ilusión a punto de hacerse añicos, y el estruendo la arrastraría con él.